

AÑO DEL JUBILEO EXTRAORDINARIO DE LA MISERICORDIA: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL PECADO

“Soy pecador. Esta es la definición más exacta. No se trata de solo un decir, una figura retórica. Soy pecador.”

Estas palabras del Papa Francisco pronunciadas en una entrevista en el año 2013, van justo al punto medular del misterio del pecado en nuestra vida. El simple hecho es que el pecado es una realidad. No podemos razonarlo y no podemos encontrarle excusas; pecamos. Por mucho que nos empeñemos en culpar a otros y tratemos de encontrar un sinfín de razones para decir que no es culpa nuestra, la dura realidad es que pecamos.

Pero la ironía estriba en que solo al admitir la verdad de nuestra condición de pecadores podemos descubrir y sentir realmente la inconcebible profundidad y riqueza de la misericordia de Dios. Como el Papa Francisco, el entonces Cardenal Bergoglio, comentara en el 2010, “Solo nosotros los grandes pecadores tenemos esta gracia de saber lo que significa verdaderamente la salvación.” Esto se debe a que para comprender lo que es el pecado, primero tenemos que comenzar con el amor de Dios.

Somos amados profundamente por Dios con un amor incondicional y vivificante. Dios nos ha dado el don de la vida. Mediante el bautismo, Dios nos ha concedido el don de la unión con Cristo y con cada miembro de la Iglesia. Ante el don gratuito de Dios, la única respuesta de nuestra parte es una respuesta de amor que devolvemos a Dios, un amor que hace de nuestra vida un regalo para El que a la vez nos conduce a vivir de la manera que El nos pide.

El pecado se opone al amor de Dios por nosotros y hace que nuestros corazones se alejen de ese amor. Como el pecado de Adán y Eva, es desobediencia, una

rebelión con la cual deseamos ser amos de nuestra propia vida que en verdad le pertenece solo a Dios. El pecado es un amor desordenado por el yo, hasta el punto de antepoernos a Dios. Es una exaltación de sí mismo por soberbia, en contraste con la obediencia de Jesús, cuya observancia de la voluntad del Padre nos trajo la salvación.

El pecado se asemeja a un trastorno o enfermedad. Veamos el ejemplo de nuestra salud física: a veces estamos gravemente enfermos, y a veces solo sufrimos un enfriamiento. Lo mismo sucede con nuestra salud espiritual: el pecado puede ser grave (mortal) y menos grave (venial).

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que “el pecado es una falta contra la razón, la verdad, la conciencia recta; es faltar al amor verdadero para con Dios y para con el prójimo, a causa de un apego perverso a ciertos bienes. Hierde la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana.” (1849)

El pecado es un acto personal, pero nuestros pecados a veces conducen a otros al pecado. Nuestra participación en el pecado colectivo puede conducir al “pecado social”, pecado que produce situaciones e instituciones sociales contrarias a la naturaleza misma de Dios.

Ser conscientes del pecado en nuestra vida debe conducirnos a confiar inmediatamente en la misericordia de Dios. Poseemos el gran don de poder buscar el perdón de Dios en el Sacramento de la Penitencia. El Sacramento de la Penitencia nos trae la experiencia del amor y misericordia de Dios, dándonos prueba de su deseo de mantenernos siempre cerca de El como amados hijos e hijas. ✠

